

hacer un justo discernimiento de las verdaderas y de las falsas disposiciones.

Vigilemos pues, hermanos míos, sobre nosotros mismos, enderecemos nuestros caminos, apartemos de nuestro corazón todo sentimiento que no sea digno de la pureza del Sacrificio; y finalmente esforcémonos para que las oraciones que el Sacerdote hace por nosotros y por Jesu-Cristo sean dignas del Dios á quien se dirigen, dignas de la víctima que las representa, y dignas de conseguir para nosotros y para todos los que nos interesan la salvacion eterna, y las gracias necesarias para alcanzarla. Asi sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

COMMUNICANTES.

LIBRO IV. DE LOS REYES,
cap. 19. v. 34.

*La salvaré por mí, y por amor de
David mi siervo.*

Dios no tiene, mis hermanos, otros motivos para salvarnos que su misericordia infinita. Si nos perdona los pecados, y nos hace partícipes de sus gracias, es únicamente porque quiere, y sin mérito alguno de nuestra parte. Sin embargo por un efecto de su bondad ha querido sujetar esta misericordia á la proteccion y la intercesion de los Santos, y como él mismo es el principio de sus méritos, nos dice quando

los invocamos: os salvaré, pero será siempre por mí; y para que se cumplan los eternos designios de bondad que tengo sobre vosotros, las oraciones de mis escogidos y amigos serán oídas; y aunque sea eterna, libre y gratuita mi misericordia, la debereis, segun el orden de mis decretos, al crédito y á las súplicas de mis siervos.

Este es el fundamento, hermanos míos, de la comunión de los Santos que nos propone la Iglesia como un artículo de nuestra fé, y al mismo tiempo lo es de la oración que vamos hoy á explicar. Meditemos por tanto la intención de la Iglesia, y estudiemos los medios de sacar provecho para nuestras almas.

La comunión de los Santos no consiste solamente en la union de los Cristianos, sino tambien en el derecho que tienen los Santos á nuestros cultos, y en el que nos dá la fé á su proteccion. Hemos visto á los fieles rogar los unos por los otros en las dos oraciones precedentes, y la Iglesia tambien ha recomendado á Dios, por medio de su Ministro, las necesidades públicas y particulares, sin olvidar quanto puede contribuir al acrecentamiento de la

fé, y á la tranquilidad y comodidad de la vida. Ella ha rogado por sus Pastores y por sus Principes en el órden temporal; y ahora unida esta Iglesia de la tierra por el medio de una misma caridad á la del cielo, nos da una leccion importante del uso que debemos hacer de la proteccion de los Santos.

Esta oracion se acomoda á las diferentes festividades que se celebran; pero es de notar que son muy raras estas variaciones, y que nunca las dexa la Iglesia al arbitrio de la devocion de sus Ministros, sino que fixa y determina los dias en que es permitido añadir algunas palabras, qui siempre son aquellos en que se celebra alguno de los misterios de la vida de Jesu-Cristo. En los misales antiguos no se encuentra adición alguna á esta oracion sino en el Jueves Santo; y esta observacion debe convencernos de la veneracion que exigen todas las palabras que componen el Canon de la Misa.

El Sacerdote teniendo extendidas las manos empieza á reclamar el socorro de los Santos. La Iglesia no puede hacer aquí por la cortedad del

tiempo expresa mencion de todos sus Fundadores, ni de sus Doctores y Mártires; pero haciéndola de unos en nombre de todos, nos enseña el orden con que debemos tributar nuestros cultos. En primer lugar hace mencion de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesu-Cristo Dios y Señor nuestro; y en efecto, ¿no debe tener la mayor parte en nuestra veneracion una Señora, en cuyo seno ha sido formada la víctima que vamos á ofrecer? Ella está á la cabeza de todos los Santos, no solo por el privilegio de su maternidad Divina, sino tambien por la pureza de su vida, por la humildad de su corazon, por el tierno amor que nos profesa, y por el crédito que tiene para con Jesu-Cristo. Ella en el cielo ocupa el lugar mas inmediato á su Hijo: ella es superior á los Angeles, que la reconocen por su Reyna, como tambien á todos los Santos, cuyos méritos y virtudes reúne en sí sola: ella es la primera entre todas las criaturas por el lugar y la distincion que merece en la Iglesia; porque si Jesu-Cristo, segun la expresion de la Escritura, es el primogénito de los pre-

destinados, su Madre, segun la analogía de la fe, es la mas santa de las criaturas, y la mas rica de las hijas de Jerusalem, y por consecuencia exige de nuestra parte el mas profundo respeto: en fin, es la primera que tiene derecho á nuestra confianza, porque no podemos hallar en el cielo ni en la tierra un protector que sea mas sensible á nuestras miserias, ni que tenga mayor grado de poder.

Despues de la proteccion de María debemos reclamar como la mas útil la de los Santos Apóstoles: la Iglesia hace mencion de ellos, segun el orden de su vocacion, y el lugar que les da su Apostolado. Jesu-Cristo mismo es quien los ha instruido del valor del Sacrificio que vamos á ofrecer, y que han ofrecido ántes que nosotros, transfiriéndonos el modo de ofrecerle, y las oraciones que hallamos en la Liturgia. Por este Sacrificio participamos de la comunion que les ha colmado de gloria en el cielo, y que les ha dado en la tierra fuerzas y consuelos abundantes. Todos ellos le han ofrecido para el mismo fin, y han recogido las mismas gracias y los mismos

socorros; pero en la Iglesia se reconoce otro orden de Apóstoles, y son los Mártires, entre los quales escoge aquellos cuyos nombres han sido mas conocidos, que han trabajado con mas utilidad, y que han conseguido mayores victorias. Ya que su sangre mezclada con la del Cordero, ha venido á ser un holocausto perfecto, es muy justo sin duda que se haga una mencion honrosa de estos heroes del Cristianismo en el Sacrificio de la Misa. Ellos tienen derecho á nuestra veneracion y confianza, porque han dado su vida para transmitirnos el depósito precioso de la fe que les estaba confiado; y á la verdad que no rehusarán jamas el concedernos su proteccion, quando gozan de un Dios que tiene siempre pronto el oido de su misericordia á la voz de su sangre.

En fin, la Iglesia añade á la mencion particular que hace de los Apóstoles y de los Mártires la invocacion de todos los Santos, porque la misma comunion que admite á todos los fieles á la participacion de la víctima, nos autoriza para invocar á todos los que deben su salvacion á este Sacrificio; y

para darnos á conocer mejor el espíritu de esta comunion reclama sus oraciones, é interpone sus méritos, que á la verdad son el efecto de las gracias que han recibido, y que por consecuencia pueden mirarse como otros tantos dones de Dios, pero como el Señor, segun el pensamiento de San Agustin, nada nos concede sino para tener ocasion de coronar sus favores en los Santos, recompensa su fe con el aumento de la nuestra, su justicia con la remision de nuestros pecados, y su paciencia con el espíritu de sumision que nos comunica en los trabajos, y haciéndonos de esta manera los hijos de los Santos, participamos de la herencia que ellos han adquirido. Notad, hermanos mios, que la Iglesia no habla solo de sus oraciones ó de sus méritos, sino que reúne ambas cosas, para que no perdamos de vista que han sido santificados por la gracia que tambien nos santifica, la qual no se concede comunmente sino á la oracion; que esta oracion misma no tiene eficacia alguna sino en tanto que está unida á la justicia; y que si nosotros no podemos ofrecer á Dios, como los San-

tos, una justicia consumada, debemos por lo ménos unir á sus oraciones el deseo de practicar las buenas obras.

El dogma de la invocacion de los Santos se establece en esta oracion con la mayor sabiduría para quitar á los enemigos de la fe todo motivo de calumniar á la Iglesia sobre la pureza y la santidad del culto. Los hereges no pueden ciertamente acusarnos de que hacemos de los Santos otros tantos Dioses, ni de asemejarlos, por decirlo así á la Divinidad misma en las adoraciones que les tributamos. Esta oracion responde completamente á todos sus argumentos, porque no pedimos al Señor sino que por la intercesion de sus amigos nos fortalezca en todo con el auxilio de su proteccion. El objeto de nuestros votos no es precisamente la proteccion de los Santos, sino la del mismo Dios, á quien esencialmente pertenece el poder de proveer y aliviar nuestras necesidades y trabajos, y á este fin le presentan sus amigos nuestras súplicas apoyadas en los méritos de Jesu-Cristo, de donde nacen todas las gracias. Ya, pues, que conocemos todo el valor de la co-

munion de los Santos, acostubrémonos á decir esta oracion con espíritu de fe y de fervor, acordémonos que nos impone obligaciones muy estrechas, de las quales depende el fruto que debemos esperar.

Estas obligaciones se reducen á la imitacion y á la confianza. A la imitacion, porque su fe, su humildad, su amor á la religion, su constancia en las persecuciones, y sobre todo, su respeto á el augusto Sacrificio, son otras tantas lecciones que nos presenta su nombre solo. Pero si nos fuera posible recorrer aquí los diferentes rasgos que caracterizáron á los Santos Apóstoles, y tantos ilustres Mártires que floreciéron en los primeros tiempos del Cristianismo, ¿no podríamos deducir conseqüencias muy importantes para la reforma de nuestras costumbres? Entónces veríamos que por la fe han vencido al mundo; que han satisfecho la justicia, y han conseguido las recompensas eternas. Entónces veríamos que para pretender la misma corona, son necesarias las mismas victorias y las mismas obras. La meditacion de sus virtudes animaria nuestras esperanzas.

¿Qué confianza en efecto no exigen los Santos que han sido los fundadores de nuestra Religion, las columnas de la Iglesia, y nuestros primeros Pastores! Los unos testigos de la vida de Jesu-Cristo, bebiéron en su fuente aquella caridad compasiva que les hizo viajar por toda la tierra; y los otros contemporaneos de los Apóstoles, ó de sus inmediatos sucesores, animados del espíritu de su caridad y de su zelo, sufrieron todo género de trabajos y sacrificios, y sacrificaron hasta su misma vida por la salvacion de las almas que tuvieron á su cargo.

¿Qué tremendo es un Sacrificio en que un Dios se ofrece á un Dios! ¿Qué veriamos en el momento en que el Sacerdote va á inmolar la víctima, si nuestra fe fuese mas viva? Veriamos que toda la Corte celestial prestaba su atencion á este augusto Sacrificio; oiriamos las voces de los Angeles y de los Santos que se mezclaban con las nuestras; veriamos á la Iglesia universal en el estado de unidad, que es su carácter mas esencial entre todos los que la distinguen de las sectas del error; veriamos unidas á la Iglesia sufriente

á la Iglesia de la tierra y la del cielo para ofrecer la misma victoria, para solicitar las mismas gracias, para formar los mismos votos, y esperar los mismos socorros; en fin, veriamos la imágen sensible de esas bodas eternas del Cordero, donde rodeado de todos sus escogidos, debe hartarlos de su propia substancia, y embriagarlos en sus propias delicias.

Si nuestra fe no fuese tan débil, hermanos míos, nuestro corazon tampoco seria tan lánguido, ni nuestro espíritu se distraeria con tanta facilidad en esta grande accion. Pero llegamos al momento en que va á consumarse: preparémonos por tanto para meditar las palabras sacramentales, las quales exigen de nuestra parte toda la atencion posible y la veneracion mas profunda. Preparémonos, pues, con la oracion para esta útil meditacion, á fin de que se renueven en nosotros la piedad y el fervor, que son de absoluta necesidad para unirnos á Jesu-Cristo en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

HANC IGITUR.

EL LEVITICO CAP. I.
vers. 4.

Pondrá su mano sobre la cabeza de la hostia, y será aceptable, y aprovechará para su expiacion.

ESTA es la ceremonia que Moysés prescribió de parte de Dios á los Sacerdotes de la antigua ley para la oblation de las víctimas. A esta señal exterior se referia el efecto interior que debia producir su fe en Jesu-Cristo, hostia viva y verdadera. *Quando se ofrezca una víctima por el pecado, extenderá el Sacerdote la mano, y la pondrá sobre la cabeza de la hostia,*

sobre la oracion *Hanc igitur.* 61.

y será aceptable, y aprovechará para su expiacion. Como si dixese: con esta accion anunciará que la víctima ha merecido por sus pecados ser inmolada á la ira del Señor; que si no ha perecido en ellos, lo debe á su grande misericordia; y que su abolicion total la deberá á los méritos infinitos de su Hijo, cuyo Sacrificio representa esta víctima. Dios penetrado de sus disposiciones, ablandará su ira, no por la sangre de esta víctima porque es incapaz por sí de agradarle, sino á la vista de un Hijo que es el objeto de sus delicias, y cuyo Sacrificio debe satisfacer plenamente á su justicia; así el que ofrezca la víctima en este espíritu de fe, conseguirá la remision de sus pecados. Vamos á buscar en la oracion que hace la materia de este discurso la explicacion de esta figura, y al mismo tiempo hallaremos materia muy abundante para nuestra instruccion. No es un Moysés el que nos va á hablar: es Jesu-Cristo mismo, el soberano Legislador quien nos va á enseñar por medio de su Iglesia á ofrecer la víctima de propiciacion. Por tanto, escuchadme con la aten-

cion debida, y con la docilidad de corazon propia de un Cristiano.

La oracion de que vamos á tratar está unida tan estrechamente con las palabras de la consagracion, que muchos Teólogos han asegurado que era del todo esencial á la validacion del Sacramento. El Sacerdote, que mientras dice las oraciones precedentes tiene extendidas las manos hácia el cielo, las junta, y poniéndolas sobre el pan y el vino que va á consagrar, dice: *Te suplicamos, Señor, que recibas benignamente esta ofrenda de nuestra servidumbre, y tambien de toda tu familia; que ordenes en tu paz todos nuestros dias; nos libres de la eterna condenacion, y nos cuentes en el número de tus escogidos. Por Jesu-Cristo Señor nuestro.*

Te suplicamos. La Iglesia usa dos veces de este modo de orar en el Cánon de la Misa para manifestar la union que todas estas oraciones tienen entre sí, y que son una conseqüencia las unas de las otras. Si alaba á Dios, si le da gracias, si se dirige á los Santos y reclama su proteccion, es siempre con el fin de conseguir las mis-

mas gracias. Despues del Prefacio dice tambien estas palabras, y ahora las repite para que no olvidemos que la aplicacion del Sacrificio no se consigne sino por la oracion.

En las octavas de Pascuas y de Pentecostés ruega la Iglesia particularmente por aquellos que han sido admitidos al bautismo solemne; y aunque ya no se guarda la costumbre de remitir á los Catecúmenos á este tiempo para recibir este Sacramento, sin embargo conserva la de rogar por ellos inmediatamente despues de la consagracion.

Esta ofrenda, dice el Sacerdote hablando en su nombre, *es la de nuestra servidumbre;* porque aunque en esta ocasion exerza las funciones del Soberano Pontífice, no por eso dexa de ser siervo, y de estar obligado á reconocer su dependencia. La ofrenda que hace del cuerpo y sangre de Jesu-Cristo es un acto positivo de este reconocimiento, y por tanto debe unirse á la víctima, y reparar por su medio las ofensas que ha cometido á los ojos de Dios. Todos los fieles á su exemplo deben considerarse como otros tan-

tos esclavos vendidos en otro tiempo á la iniquidad y al demonio, rescatados ahora por la sangre de un Dios, y por tanto obligados indispensablemente á servir á este Señor que ha dado para redimirlos hasta su misma sangre. La Iglesia quiere que se ofrezca el Sacrificio como una ofrenda de nuestra esclavitud, con el fin de que no olvidemos nunca el dominio esencial de Dios sobre sus criaturas, y el que tiene el Redentor sobre las almas que ha libertado.

Esta ofrenda tambien lo es, prosigue el Sacerdote, de toda tu familia, esto es, de tu Iglesia, á quien has escogido por tu esposa, comunicándola tu espíritu, y dándola hijos en gran número para que te alaben eternamente. Esta es la ofrenda que te presenta para manifestarte su dependencia, su reconocimiento y su amor. No hay entre ella y sus hijos la menor division sobre este Sacrificio; y todos los que profesan la misma fe, hacen la inmolation de la misma víctima, dicen las mismas oraciones, y solicitan los mismos efectos; de manera que este Sacrificio aun ofrecido en un rincon de

la tierra por un Ministro rodeado de un corto número de asistentes, siempre es la ofrenda de toda la familia entera. Esta familia unida te pide que no deseches este Sacrificio, y lo pide con la esperanza de ser oida. No se juntan aquí dos ó tres para invocarte, sino todos tus hijos para hacerte una santa violencia, y ofrecerte no una de esas oblationes que aborrecias y detestabas, sino el Sacrificio de alabanza, el de un corazon contrito y humillado, y así te piden que lo recibas benignamente. Si lo admites con bondad, como así lo pide, y lo espera toda tu familia, ordenará sin duda nuestros dias en tu paz, la qual contiene todos los efectos de este Sacrificio destinado á pacificar el cielo con la tierra. Nuestros dias son siempre dias de turbacion y de combate: nuestra conciencia se ve sin cesar turbada y abatida con la memoria de los pecados: la carne y la sangre nos combaten y dan ataques continuos: el demonio envidioso de nuestros derechos, procura despojarnos, y nos hace la guerra mas sangrienta: los hermanos se despedazan los unos á los otros por

causa de sus intereses: nuestro propio corazon, cuya inconstancia é inestabilidad producen freqüentemente inconseqüencias y variaciones perpetuas, penosas y peligrosas, nos hacen una viva guerra. ¡Ah! ¿Quién será capaz de ponertérmino á males tan graves? ¿Quién podrá evitar ocasiones tan arriesgadas? ¿Quién será nuestro defensor en combate tan sangriento? El Sacrificio que os ofrecemos, Dios mio, puede restablecer por sí solo el órden y la tranquilidad, purificando nuestras conciencias de las obras muertas, dándonos armas contra el demonio, debilitando la ley de los miembros para dar fuerza y valor á la del espíritu, fixando en el bien nuestra ligereza natural, ofreciendo un mismo corazon, y una misma voluntad á todos los que alimentais con el mismo Pan, inspirándonos el amor de vuestros preceptos, el gusto de la verdadera sabiduría, el germen de la santidad, y en fin, ordenando nuestros dias en una paz inalterable que es la vuestra, porque sois el principio y el fin de ella.

¿Qué derecho, pues, podrá conservar Satanás sobre nosotros? Ya no

somos los hijos de la muerte, ni los esclavos del pecado, ni las víctimas reprobadas para siempre. ¿Jesu-Cristo por ventura no nos ha libertado de la condenacion eterna por la virtud de este Sacrificio? ¿No ha despedazado sobre la cruz esa cédula de muerte en donde estábamos escritos? Si os dignaseis, Señor, aplicar los frutos de este Sacrificio á todos los que van á participar de él, ¿habria uno solo que pudiese temer el efecto de vuestros terribles juicios? Sí, yo repetiré á Satanás desde vuestro Santuario aquellas palabras que uno de vuestros Santos le decia estando postrado en su cama: retírate, bestia cruel, porque nada hay en mí que sea tuyo: la sangre que he bebido, y que corre por mis venas ha lavado mis iniquidades, ha destruido todas tus obras, y me ha restablecido en todos mis derechos; huye pues al fuego que está preparado para ti y para tus cómplices rebeldes, porque para ellos y sus sectarios está reservada la condenacion de que me ha librado este Sacrificio: he aquí que estoy asociado á los Santos y á los escogidos de Dios, en cuya asamblea se

ofrece este Sacrificio: todo lo que está al rededor de mí es santo: el Altar es santo por su consagracion, el Ministro por la uncion que le santifica, la víctima por su naturaleza, todos los fieles que me rodean por su vocacion; todos los Santos que acabo de invocar por su eleccion, yo mismo estoy santificado por los derechos que me da el bautismo. ¿Acaso me resta que pedir alguna cosa al Señor? ¡Ah! le pediré que nunca me separe del rebaño á que acaba de asociarme que se acuerde en el dia de sus justicias que he sido en la tierra del número de los que le han honrado con la oblation de este Sacrificio, y que ya que se digna contarme hoy en el número de los miembros vivos de su Iglesia, me cuente tambien realmente en el dia último en el número de aquellos que serán las ovejas escogidas de sus eternos pastos.

Esto es lo que la Iglesia me enseña á pedir, y lo que pide para mí en esta oracion; ¡pero cuántas condiciones me impone para que pueda confiar en mi súplica! ¡Cuántas disposiciones exige de que quizá he carecido hasta este dia! ¿Hemos estado por ven-

tura separados con nuestras obras de esos pecadores, cuya suerte desgraciada excita en nosotros un justo temor? ¿Hemos caminado á la vista de Dios como andan esas ovejas dóciles, en cuyo número pretendemos contarnos? El Altar no ménos es el trono de las justicias que de las misericordias, y este discernimiento, que en aquel dia terrible servirá para la consternacion ó la alegría de los Cristianos, se obra invisiblemente todos los dias en el momento del Sacrificio. Dios hace á un solo golpe de vista la separacion de escogidos y de réprobos, de buenos y de malos, de justos y pecadores, y la Iglesia anticipa esta separacion en nombre de Jesu-Cristo. Júzguese pues cada uno á sí mismo quando se une con esta tierna Madre, y ocupe en espíritu el lugar que le señalaría la Divina Justicia si se dignase manifestar el secreto de sus juicios. Oxalá que este discernimiento dictado por la humildad y la contricion del corazon sea útil para el pecador. Yo voy á pedir á Dios, deberá decirse á sí mismo, que mi oblation le sea agradable, y mis manos sin embargo estan llenas de iniquidad. Esto que voy

á ofrecerle es el homenaje de mi esclavitud, y mi corazon se rebela, y se muestra indócil á los llamamientos de la gracia. Este Sacrificio está destinado para ablandar al Señor, y yo excito su ira con nuevos ultrages: él debe de suyo traer la paz, y la Escritura me dice que no puede haberla para el impío. Mi corazon está expuesto á continuos combates; yo quiero por la virtud de este Sacrificio que Dios me libre de la condenacion eterna, y no he dado un paso durante mi vida que no me haya precipitado en esta condenacion que temo tanto; yo deseo ser contado en el número de los escogidos, sobre quienes el Soberano Pastor vela continuamente por un efecto de su misericordia, y desde que por mi desgracia me he abstraído de su cayado, ni he escuchado, ni he seguido mas que la voz de pastores mercenarios. Si con tantos pecados, y con tanta indiferencia me atrevo á repetir ahora esta oracion de la Iglesia, ¿no haré contra mí las imprecaciones mas terribles y eficaces?

No permitais, Dios mio, que nos veamos confundidos en este abismo,

así os lo pedimos en nombre de todos los pecadores que asistirán en adelante á este Sacrificio, y en el de todas las almas fieles que me escuchan. Haced, Señor, que su fervor se vaya aumentando de una manera sensible para que puedan contarse con seguridad en el número de vuestros hijos, hasta que os digneis contarlos vos mismo en el número de vuestros escogidos. Así sea.